

## En torno a "Guadalupe", novela de Gudrun Pausewang

Conmovedora, breve y hermosa, así describiría yo la novela "Guadalupe" de la autora alemana Gudrun Pausewang, quien se aproximó a lo nuestro, a lo boliviano, con una naturalidad y frescura asombrosas para una escritora alemana. Nacida en 1928 en Wichstahl en Bohmen, Pausewang, profesora de profesión, trabajó en colegios alemanes de Chile, Venezuela y Colombia. Curiosamente no lo hizo en Bolivia, sin embargo, otra novela suya, "La boda Boliviana", delata su conocimiento y cariño por estas tierras, que imagino debe haber visitado alguna vez. Tanto "La boda boliviana" como "Guadalupe" tienen como trasfondo el horror de la Guerra del Chaco.

Las siguientes líneas son una traducción de un corto resumen de la página inmediatamente anterior a la que abre la novela "Guadalupe":

"A un hombre, que se sujeta firmemente a un árbol, se lo lleva un ancho río de la selva. Otro hombre lo salva, ya inconsciente. Más adelante ambos descubren que en realidad son enemigos: sus países, Bolivia y Paraguay, están en guerra. Al principio intentan los hombres tomarse prisioneros el uno al otro por turnos, pero pronto se dan cuenta de lo necio de la situación y entonces cierran un pacto de tregua. El hecho de estar desnudos y no portar armas les hace las cosas más fáciles. Juntos empiezan una lucha por sobrevivir y pronto se convierten en amigos y hacen planes para el futuro -hasta el momento en que en la soledad de un monasterio en ruinas se ven alcanzados por la realidad de la guerra..."

"Rostros hay tantos, por la cara no se puede reconocer al enemigo. El uniforme es el que hace la diferencia y cuando éste falta, uno puede equivocarse fácilmente".

El manejo literario es de una técnica simple, sin grandilocuencias, ni siquiera con vocabulario rebuscado. El transcurso y evolución del relato son lo más importante. Se percibe un ritmo muy regular, casi monótono, de encantadora sencillez, que al mismo tiempo sirve de manera trascendental para lograr el suspenso. Éste llega a ser casi insostenible hacia el final y si uno no tiene la disciplina y quiere arruinarse la lectura a sí mismo, puede caer en la tentación de mirar la última página, para ver cómo Pausewang resuelve la situación de los dos hombres-enemigos, ahora amigos. Yo no lo hice, por supuesto, y disfruté cada página del suspenso que iba en crescendo hacia el final, aparte que, naturalmente, barajé tres o cuatro posibilidades más de cómo darle un final a la novela, lo cual hace de la lectura algo más divertido, por lo mismo que el lector participa interactivamente de la trama.

El buen humor es otro de los elementos que más conquista al lector, quien vuelve una y otras veces a tomar el libro, con ganas enormes de continuar, pero al mismo tiempo sin prisa alguna, así como suele saborearse una buena tabla de chocolate y cuando se concluye, queda una sensación con sabor a poco, parecida a la nostalgia, de haberse acabado demasiado pronto.

Una de las páginas más simpáticas de la novela es la siguiente, en la que los dos hombres ven lo absurdo de una guerra fratricida y deciden abrir una tregua:

"Oye", dijo Álvarez (paraguayo), "¿por qué no hacemos una tregua?"

Montoya (boliviano) lo piensa un rato y luego dice: "Bien, hagamos una tregua. Pero, ¿hasta cuándo? ¿Será para siempre?"

"Hasta cuando nosotros queramos. Si uno de nosotros ya no quiere, tiene que decirlo, naturalmente con tiempo, para que el otro tenga tiempo de defenderse y sepa cuándo empezar a guerrear otra vez".

"Me parece bien", dijo Montoya, "pero tienes que guardar tu palabra".

"Podríamos jurar por Dios o algo así".

"Yo no juro por Dios", respondió Montoya sombrío. "Desde ayer ya no creo más en él".

"Ten cuidado, no vayas a ser que él te meta de nariz en tu propia mugre, hasta que grites por él. ¿Y en la virgen tampoco crees?"

"Sí, en ella sí. Ella es humana".

"Entonces juremos por alguna virgen, pero, ¿cuál?"

Montoya le dio la mano diciendo: "Tregua -por la Virgen de la Merced".

"¿De la Merced?" preguntó Álvarez desconfiado, "¿qué Virgen es esa? No la conozco".

"Todos en Potosí y sus alrededores la conocen".

"Aunque sea conocida en Potosí", dijo Álvarez, "hasta nuestras tierras no ha llegado su nombre. Una de esas virgencitas cualesquiera no logra mucho".

"¿No tienes idea de todo lo que ella ha logrado! ¡Finalmente es la que ha logrado que Potosí se enriquezca con su cerro de plata! ¡Acaso tienen Uds. al lado de su ciudad un cerro, que por dentro sea totalmente de plata? Ah, bueno, pues. Yo no sabría por dónde empezar, si tuviera que contar todos los grandes milagros que ella ha hecho... y ni hablar de los pequeños. Pero, bueno, bueno, si para ti no es lo suficientemente grande, podemos optar por la de Copacabana. ¿O vas a decir que esa tampoco es conocida?"

"Sí, claro, de esa ya he oído, si es que es la del Lago Titicaca".

"¿La encuentras también demasiado débil?"

"Demasiado débil no. Se oye de espectaculares milagros realizados por ella. Pero el problema es que es de Bolivia. Disculpa que te diga esto, pero no me sorprendería que sea parcial. No confío en ella".

"Claro que está de lado de nosotros, los bolivianos, eso es verdad", dijo Montoya orgulloso. "Ella sabe de qué lado estar".

"Entonces no voy a jurar en su nombre".

"Pero una de las vírgenes de Uds. tampoco quiero", exclamó Montoya.

"Bueno, entonces, ¿qué tal la Guadalupe de México?"

"De ella no he oído nada".

"Tu problema. Alguna vez hablé con un portugués e incluso él la conocía. ¿Qué dices a eso?"

"¿Y de qué lado está México? ¿De lado de Uds. o de nosotros?"

"No se mete".

"Entonces juremos por ella".

Se dieron la mano y se pusieron de cuclillas para comer los últimos aguacates.

cabo:

"Maldita tierra esta del Chaco", dijo Montoya.

Álvarez asintió con la cabeza.

"¿No entiendo por qué cada uno de nuestros países quiere tener estas tierras en las que no hay nada?"

"Dice que hay petróleo bajo la tierra".

"¿Ya has visto algo de eso? ¿U olido?"

"No".

"Yo no entiendo de qué se trata. Y cuando se les pregunta a los demás, tampoco lo saben. Nadie sabe nada. ¿Sabes tú algo?"

"Ni idea".

"Los oficiales nos cuentan en cada uno de sus discursos cómo así se ha llegado a esto y por qué nosotros tenemos razón y no los otros y por qué debemos luchar y para qué, pero nadie entiende bien de qué se trata".

"A nosotros nos pasa exactamente lo mismo. Pero ya veremos: el que vence, ése tiene la razón. Y está claro que seremos nosotros los que venceremos".

Montoya reaccionó sobresaltado. "¿Qué? ¿Uds.? ¿Uds. son los últimos gusanos salidos de la tierra!"

"La tierra, donde ahora estamos sentados, era antes de Uds".

"Estás mintiendo!" gritó Montoya. "¿De Uds.!"

"Tú no tienes idea. Los oficiales les meten el dedo a la boca. Pero no es para sorprenderse. La mayoría de Uds. están sentados de cuclillas todo el tiempo en los cerros, que aparentemente son tan pelados como cabezas calvas y se la pasan tiritando de frío. Esa es su única ocupación".

"¿Eso no es cierto!" exclamó Montoya. "Yo tengo chacras. Tengo plantaciones de maíz. ¡Y mi hermano trabaja en las minas de Potosí!"

"Puede ser, que Uds. escarben la tierra ahí arriba, pero no sirve de nada. Son demasiado pobres y se la pasan muertos de frío".

"Yo he oído decir", dijo Montoya, "que Uds. huelen mal de tanta flojera, la cosecha les crece en la boca. Y por lo demás su capital no se puede comparar con La Paz. Toda caliente y sucia y con un nombre lo más común y corriente".

"Alguien me ha contado", dijo Álvarez, "que tiene que saber de lo que está hablando, porque ha estado allí: el que va a La Paz se la pasa jadeando como una locomotora los tres, cuatro primeros días al subir gradas y cerros porque el aire es tan escaso. Qué asco, ahí no podría yo vivir. Yo necesito aire".

"Todo lo que dicen los de las llanuras, no vale. No saben trabajar. Cuando suben al Altiplano, dicen que les da dolor de cabeza, para no tener que trabajar", replicó Álvarez.

"Y sin embargo son más aptos que Uds. para la Guerra del Chaco. Eso tienes que admitir. Uds. bajan de los cerros, se dan una vuelta por el frente, transpiran la gota gorda y luego se mueren como peces en sequía. Uds. no están hechos para el calor. Y como no tienen mucha gente de los llanos, ¡los vamos a hacer retroceder!"

La Guerra del Chaco es sólo un pretexto que sirve para mostrar el lado humano de una guerra cualquiera, pero también el lago grotesco y despiadado. Los dos hombres desnudos llegan a desarrollar una amistad enternecedora: Se van conociendo poco a poco y el lector se entera que se trata de dos hombres comunes y corrientes, el uno vendedor de verduras y frutas en un mercado de Asunción, casado, con cuatro hijos y, el otro, un campesino de un pueblito lejano cerca de Potosí, algo menos que el paraguayo, soltero, ingenuo y sencillo. Está de novio y cuando regrese lo primero que quiere hacer, es casarse con la enamorada que dejó por cumplir con "su deber para con la patria". Es así que el uno le cuenta sus sueños y planes de futuro al otro y paulatinamente se olvidan que en realidad son enemigos. Es así que del infierno en el que se encontraban durante la lucha, pasan al cielo de una camaradería, compañerismo y solidaridad del uno para con el otro totalmente fuera de serie. En un momento dado llegan a pensar que lo mejor sería traer a sus mujeres y familia a ese convento abandonado en el que encuentran refugio, comida, agua y techo y no volver más a sus lugares de origen. Pero el paso del infierno al cielo y de éstos a la tierra no está muy lejano: pronto se ven rodeados de una pequeña compañía de paraguayos que les hacen poner los pies sobre la tierra. Montoya reacciona mal, por miedo, y es muerto a tiros por los paraguayos. Álvarez enloquece al ver caer a su amigo, ahora hermano, y en su evasión mental, no acepta la muerte del boliviano Montoya. Continúa hablándole de lo cotidiano, de lo que aún tienen que hacer ese día, etc. Sus "camaradas" de armas ven que un compañero fuera de sus cabales les sería sólo una molestia y una carga. Sin mucho pensarlo, matan a tiros también a su compatriota Álvarez.

No es, entonces, precisamente un "final feliz" el que Pausewang escoge para "Guadalupe". Y aunque el lector llega a considerar una esperanza para ambos, acepta con resignación y lágrimas en los ojos la decisión de Pausewang de eliminar a los dos personajes principales de su novela. Ella sabe que esto no era lo esencial: los sentimientos de aprecio por otro ser humano, la amistad maravillosa y la comprensión que puede surgir entre dos "enemigos" y la sutileza en demostrar la estupidez de la guerra quedan en el corazón del lector marcados a fuego.

Traducción de fragmentos del alemán: Gladys Dávalos Arze.

En otra instancia queda una vez más confirmada la confusión y la entrega a ciegas de los patriotas, de ambos bandos, a una guerra que nadie entendía bien por qué se llevaba a